

## Desplazados por el agua

*Visita al departamento de Córdoba, Colombia, durante la emergencia invernal 2007*



© UNICEF Colombia/2007/Bernardo Nieto  
La orilla se borró y la inundación invadió a las calles de Loricá.

“Se le borró la orilla al Río”. De ese modo, sin más tecnicismos, describe la situación de Loricá el Alcalde del Municipio. Pero el agua del río Sinú no sólo borró la orilla, sino que invadió las calles del municipio en un acto de apropiación del territorio que ha dejado a más de 250 familias sin techo. La situación de la ciudad es delicada, 17 barrios están inundados, no hay suministro de agua potable y el alcantarillado ya no da abasto, por lo cual las aguas negras rebosan las tuberías. Empiezan a escasear los recursos y el equipo interinstitucional que viene prestando atención a la emergencia ya registra un alto grado de agotamiento. Pero en vez de mejorar, la situación tiende a empeorar: reportes del IDEAM han anunciado la cercanía de la temporada invernal, lo que sin duda generará un aumento en el

número de damnificados. Como una alternativa durante la emergencia, la alcaldía designó varias escuelas y edificaciones públicas como albergues, aunque algunas de ellas ya han sido alcanzadas por el agua del río. Es el caso de la Estación de Bomberos, en donde se encuentran albergadas 13 familias que debieron abandonar sus casas a causa de la inundación.

Evis Ortiz Castro, una mujer de 41 años vive desde hace dos meses en el albergue con su esposo, sus dos hijos, su madre y un hermano. Evis cuenta que cuando el agua llegó a su casa, no tuvo tiempo de recoger nada. Sólo alcanzó a sacar las dos camas que se llevó para el albergue, en las que actualmente duermen los 6 miembros de su familia. – “En una dormimos mi esposo, mi niña de 3 años y yo, y en la otra se acomodan mi mamá mi hermano y Richard, el otro hijo mío que tiene 16 años”

A sus 63 años, Francisca Pico, la madre de Evis, asegura que cada cuatro años deben pasar por la misma situación. La casa donde viven está ubicada en un barrio de Loricá llamado San Gabriel, que es una de las zonas más susceptible a las inundaciones. –“Se vuelve cansón. Cada cuatro años tenemos que salir de la casa. Los niños siempre preguntan que cuándo vamos a volver”, explica Francisca, mientras Greici, su nieta de 3 años, corretea por el albergue con Sebastián, otro de los 38 niños que viven en la Estación de Bomberos.

Entre tanto, Julio Castro, el esposo de Evis, permanece en la habitación improvisada del albergue viendo el tiempo pasar. La inundación ha hecho más difícil la posibilidad de que consiga un trabajo, a pesar de que está dispuesto a trabajar en lo que sea. Según su esposa, Julio ha reparado ventiladores, ha trabajado en el matadero y un par de veces le han salido trabajos para ir al monte a quitar hierba. Sin embargo, los recursos que obtiene por medio de estos trabajos no son suficientes



© UNICEF Colombia/2007/Bernardo Nieto  
Dr. Maria del Pilar Rodriguez, Oficial de UNICEF para emergencias, coordina la atención a la emergencia en Córdoba.



© UNICEF Colombia/2007/Bernardo Nieto  
La estación de bomberos se convirtió en el hogar para las familias de Lorica.

para pensar en la posibilidad de mudarse a una casa más segura. Lamentablemente, la misma historia se seguirá repitiendo cada vez que llega el invierno. -“No tenemos nada que hacer. Nosotros somos pobres y nos toca conformarnos”, asegura Julio.

En la Estación de Bomberos no hay baños, sólo un espacio al fondo de la construcción, que Francisca delimitó con un pedazo de tela para indicar que ese lugar opera como sanitario. Las excretas son almacenadas en papel periódico o plástico que luego es arrojado al patio trasero de la estación, que permanece completamente inundado y lleno de maleza. Contiguo al patio y al baño improvisado, separada únicamente por una lámina de aluminio, se encuentra la cocina. Allí hay una serie de reverberos instalados para que las 13 familias puedan cocinar sus alimentos.

-“Uno de los problemas que tenemos aquí es que hay muchos mosquitos. Hace más de un mes que no vienen a fumigar”, dice Julio, mientras su hija Greici sigue corriendo por el albergue, ahora llevando en sus manos dos de galletas de crema que ha dejado caer al piso un par de veces. Sebastián juega al lado de Greici con una escoba, levantando la capa de tierra que cubre los pasillos del albergue.

Pasa el medio día y el sol de la tarde calienta el agua que inunda las calles de Lorica. De inmediato el hedor de la mezcla de aguas negras y agua del río, hace insoportable el tránsito por el lugar. Sin embargo, las familias del albergue, y los habitantes de las casas vecinas, parecen haberse acostumbrado a la situación. Las mujeres que están en la cocina continúan con su labor, los niños juegan y corren, esquivando las canales de agua y los charcos, y quienes sólo se dedican a esperar que caiga la noche, se sientan sobre la acera a charlar. Ellos frente a su casa y el agua del río adentro, apoderada de sus hogares.



© UNICEF Colombia/2007/Vanessa Molina  
El jardín de la estación de bomberos atestigua la fuerza de la inundación.

**Vanessa Molina, Septiembre 2007**